

1. Como el Señor también nosotros vemos que la mies es realmente abundante y que hay mucho trabajo que realizar, y, al mismo tiempo, sentimos que somos pocos. Iluminados por la Palabra que acabamos de meditar:

a) ¿Qué experimentamos que el Señor está haciendo para renovar la llamada que un día nos hizo y por la que nos muestra que sigue contando con nosotros?

Experimentamos que nos interpela con la realidad (personas y situaciones) que tenemos delante y nos hace abrir los ojos ante tanta necesidad que existe a nuestro alrededor (¡no podemos permanecer impasibles!), para que empecemos de una vez por todas a movernos con fuerza y determinación. Nos interpela a salir de nuestra comodidad. La misión puede ser dura e ingrata, pero no hay que tener miedo.

Experimentamos asimismo que sentimos agradecimiento por Su llamada, a pesar de nuestra debilidad e infidelidad. Sentimos asimismo temor, porque hay mucho que hacer y pocos obreros. Nos hace percibir el bien que la fe nos hace y también el bien que hace a otros, y el amor que sentimos hacia los demás, que es la principal razón que nos impulsa a compartir ese bien.

Experimentamos igualmente que nos hace caer en la cuenta de que sigue queriendo acercarse a todos a través de nosotros. Que nos hace ver en las personas con las que nos encontramos la necesidad tan grande que tienen de encontrar sentido a su vida; la necesidad que tienen de una formación humana y cristiana, además de muchas otras necesidades materiales y espirituales. Que nos pone delante situaciones y personas en dificultades o en busca de sentido en nuestras propias vidas, para que, teniendo siempre presente que no somos nosotros sino Él el que actúa por medio de nosotros, podamos ayudarles a ponerse en el camino hacia Dios. Experimentamos que nos sigue impulsando a compartir el tesoro de la fe con las personas con las que nos encontramos. Experimentamos la inquietud de transmitir nuestra experiencia de Dios, que nace en nosotros a través de la oración, la escucha y el estudio de la Palabra de Dios (formación).

Experimentamos la necesidad de transmitir y dar testimonio de que la vida no es más que un tránsito hacia la eternidad y que Dios nos está esperando a todos y cada uno de nosotros. Que tenemos que hacer presente al que nos envía: su Palabra y sus obras, dejando que Cristo vaya realizando en nosotros su Reino, de modo que nuestro estilo de vida sea testimonio. Que es necesario que los cristianos nos impliquemos y que nos pongamos en

camino para hacer la voluntad del Padre, que es llevar la Buena Noticia (la felicidad) que trae Cristo.

Experimentamos también que el Señor, que nos llama, sigue dándonos asimismo las fuerzas para seguir en esta misión. Nos muestra nuestra vulnerabilidad y a la vez su protección. Nos hace sentir que realmente somos unos privilegiados, ya que, aunque con altibajos, el Señor nos pide en los momentos actuales ser sembradores de esperanza y felicidad, que es lo que Él quiere para nosotros, porque es lo que el mundo necesita. Que estamos aquí para hacer algo. Que no debemos contentarnos con sentir que nos queremos, respetamos y admiramos. Si de verdad eso es así, tiene que traducirse en amor a los demás, a los de fuera del grupo; que los demás vean y sientan que somos un pequeño grupo de apóstoles que, aunque diferentes, estamos unidos por lo más importante: el amor a Dios y al prójimo. Y de ahí debería salir todo lo demás.

Experimentamos que Él está abordo, en nuestra barca. Que no estamos solos. Que está siempre a nuestro lado para poder realizar la misión. Que nos da ánimo ante el desánimo. Que nos guía y que nos da la fuerza necesaria cuando desistimos o decaemos. Que no nos suelta de su mano, y que pone a nuestro alcance personas y situaciones que fortalecen nuestra fe y nos permiten vivirla en comunidad. Que nos dejó los sacramentos para facilitar esa unión de Amor. Que nos alienta a seguir adelante a través de la dirección espiritual. Que nos da fuerza para llevar la cruz. Que nos sostiene y cuida en los momentos difíciles. Que nos ayuda a mantenernos vivos en nuestra vocación. Que nos hace llegar la ayuda de los demás, apoyo (empuje) de unos a otros. Que sigue renovando nuestra fe y nuestra vocación de trabajo en la parroquia.

Experimentamos que nos da hermanos en la fe para poder ser instrumentos en sus manos y apoyarnos los unos a los otros. Que nos concede la fe, que se traduce en inquietud por aportar a nuestra comunidad cristiana deseos de estar y ayudar. Que nos ha permitido perseverar con tesón y cariño estos casi seis años, para obtener el fruto y plasmarlo en nuestro alrededor. Que nos ofrece la posibilidad de colaborar, por eso es tan importante vivir la fe en comunidad. Que nos ha dado paz y paciencia. Que nos da la posibilidad de aportar lo que cada uno puede y tiene. Que nos mantiene fieles y perseverantes en la Iglesia a pesar de las dificultades que vivimos. Que nos habla a través de las iniciativas de nuestro obispo y de las demás instituciones diocesanas, de sacerdotes y de los colegios de nuestros hijos.

Experimentamos que nos invita a no caer en un activismo sin más, sino siempre fundado y basado en la oración, y que tenemos que ser realistas; no programar grandes objetivos

inalcanzables ni abstractos, sino concretos y sencillos para ir de menos a más y no al contrario.

Experimentamos la necesidad de dejar la mediocridad para vivir con radicalidad y alegría las exigencias de la vocación.

b) ¿Cómo podemos renovar la vocación y nuestro compromiso de cara a la misión para la que hemos sido designados?

Recordando siempre las maravillas que Dios ha hecho en nuestra vida; reconociendo igualmente que sigue actuando en este momento (y que nos primerea), y renovando, cada día y en cada etapa de la vida, nuestra confianza en que seguirá actuando en favor nuestro y realizando nuevos prodigios. También es muy importante hacer memoria del bien que nos ha hecho la llamada y cómo nos ha ayudado el Señor, cómo nos ha hecho crecer humana y espiritualmente. Lo importante es descubrir que ser enviado por Dios al mundo es un don, un regalo; es la gracia de Dios la que trabaja por instaurar su reino entre nosotros, y esto hay que agradecerlo al Señor, pedir ayuda al Espíritu Santo y saber que Dios es el Señor de los tiempos.

Discerniendo, personal y comunitariamente, para saber reconocer la acción sobrenatural de Dios en nuestra historia y en nuestra vida. Discernir igualmente para llegar a saber la misión para la que somos llamados. Para ello no hace falta esperar sentados a que llegue la respuesta; podemos esperar activamente, o sea, realizando acciones (servir a los demás, ofrecer mi ayuda, dar paz y tranquilidad, evitar malentendidos, etc.), las que sean, pues, por pequeñas que parezcan, nos servirán en este camino.

Renovando nuestro bautismo y haciéndonos conscientes de los compromisos asumidos con él. Una vida sacramental fuerte y que tenga un fiel reflejo en nuestra vida cotidiana.

Recordando igualmente que al final de la vida nos examinarán del amor; y ser consecuentes con esta convicción. Hacer el examen de conciencia diario viendo en qué podemos y debemos mejorar.

Escuchando, personal y comunitariamente, la Palabra y meditándola para hacerla vida. Diciéndole al Señor: "Aquí estoy, para hacer Tu voluntad". También estudiando y conociendo cada más profundamente nuestra fe. Hemos de permanecer constantes en la oración y participación en las celebraciones. No olvidemos nuestra responsabilidad de ayudar a nuestros hermanos —somos familia— a encontrarse con el Señor, para que en Él encuentren la salvación. Pero, como sabemos de nuestras limitaciones, debemos ser

humildes y pedir ayuda a Dios (al Espíritu Santo) para que nos capacite para ser valientes, generosos y no sucumbir ante las dificultades.

Animando desde la parroquia a la oración de intercesión en favor de los grupos que están en misión: Cáritas, Catequesis, Misiones, etc.; siendo soporte para los jóvenes que emprenden el camino de la misión en las calles, y añadiéndoles apoyo y experiencia.

Teniendo en cuenta el ejemplo de otros: su fe, su constancia, su entrega a los demás, que nos sirve de llamada y nos estimula a parecernos a ellos.

Permaneciendo constantes en los grupos de formación en los que hace tiempo decidimos y aceptamos incardinarnos. Vivir la fe en comunidad. Reforzarnos entre nosotros.

Relacionándonos, según lo permita la situación sanitaria.

Respondiendo con fidelidad a nuestros compromisos con el Señor, aun cuando esto suponga sacrificios.

Realizando pequeños gestos. Compartiendo alguna tarea apostólica. No abandonando nunca la misión, a pesar de la pobreza de sus frutos. Cuidando la celebración del rito del envío en la parroquia al comienzo de curso.

No abandonándonos al pesimismo; al *no sé* o *no puedo*, y ver que hay tareas que hacer en la Parroquia como integrante de ella, con gente que necesita de mí, dándoles compañía. Dejemos a un lado la pereza y los miedos. Ofreciéndonos al Párroco, ayudando en la pastoral y proponiendo innovaciones, y actualizando ideas y conocimientos. Aprovechar cosas como la visita pastoral de los obispos, que es un momento fuerte para renovar nuestra vocación y misión, personal y comunitariamente.

c) ¿Qué sentimos que el Señor nos invita a hacer para implicar a más personas en la obra de Dios?

“Orar al dueño de la mies para que envíe obreros a su mies”.

“Ponernos en camino”; es decir, movernos, hacer algo, ser creativos.

Sentir que realmente el Señor cuenta con todos y con cada uno de nosotros (los que ya conocen y también con los que desconocen la llegada del Reino). Escuchar y acompañar con normalidad y sencillez a los que tenemos cerca; tener un interés real por lo que les pasa y estar dispuestos a recibir de ellos lo que nos puedan aportar. Hablar de persona a persona y expresar el gran beneficio que es para cada uno de nosotros haber sido llamados a

trabajar *con* y *para* el Señor. Aprovechar las oportunidades que tenemos cuando nos encontramos con esas personas (a tiempo y a destiempo, pero sin ser pesados ni invasivos), hablándoles de nuestra pasión por Cristo, de la suerte que ha supuesto conocerle y seguirle; y procurar no desanimarnos (*que la paz que deseamos vuelva a nosotros*) ni acobardarnos cuando no somos entendidos o cuando somos rechazados. Poner nuestros dones al servicio de la evangelización y de la extensión del Reino.

Vivir coherentemente la fe que profesamos y dar testimonio (contando con que tendremos caídas, pero que con la ayuda del Señor nos levantaremos), trasladando a los demás (próximos y alejados), que es posible pensar en ese futuro mejor y luchar por él. Vivir personal y comunitariamente de forma que nuestra vida interpele a los demás: estar cada vez más cerca del Señor, para ser un reflejo de su luz. Ser un grupo abierto: aceptar y acoger a los demás, no criticar ni chismorrear, asumir las diferencias, y practicar el perdón y la reconciliación. Evitar las peleas y los prejuicios, las ideologías políticas, la división dentro de la Iglesia, la parroquia, los grupos, etc.

Aumentar la fe para creer que el éxito de la misión (con las personas que tratamos) depende de hacerlo “en nombre del Señor Jesús”, no de nuestras virtudes. Fortalecer los grupos con la adoración constante, la devoción al Santísimo Sacramento y la oración de intercesión. Seguir animando a los que tenemos para que no haya bajas.

Potenciar la vida en comunidad, invitando a vivir en ella a las personas con las que nos encontremos y que están buscando (novios, matrimonios jóvenes...). Dar a conocer las obras y proyectos concretos que estamos realizando (sin ánimo de presumir) y que puedan motivar a los demás, viendo que pueden ser útiles a la persona y a la sociedad.

Pensar y ofrecer cauces reales de participación a otras personas; hacerles ver que les necesitamos y que su contribución es necesaria, que no queremos caminar solos (por ejemplo, cuando se habla y se motiva para la campaña del paro, cuando se invita a preparar y realizar rastrillos u otros actos para recaudar fondos con los que sostener las actividades parroquiales; buscar personas que puedan echar una mano en la contabilidad y en la administración, etc.). Implicar a las personas que tenemos más cerca, empezando por los propios familiares, en las tareas eclesiales en las que participamos. Animar, compartir y dar ideas a otros grupos de la parroquia que están inactivos a causa de la pandemia.

Esforzarnos, sin desanimarnos, con respecto a las personas a quienes se pudiera implicar en la obra de Dios. Hacer apostolado, a pesar de las dificultades de la pandemia, con aquellos que todavía no le conocen y con aquellos que se han alejado, pues, por encima de todo, debe estar su relación con Dios.

Cuidar las nuevas incorporaciones —pocas— que han llegado, con cercanía y dando ánimos. Animar a los que estamos dentro para que no haya bajas.

Difundir el testimonio de personas que se han encontrado con Cristo y cómo eso les ha cambiado la vida.

Fomentar encuentros entre adultos para compartir las experiencias de cada uno.

Ofrecer a los jóvenes cauces para que salgan de sí mismos, desarrollen sus capacidades y se entreguen a los demás.

Enviar por WhatsApp reflexiones de ayuda apropiadas a cada momento, pero sin abusar; con criterio didáctico y misionero. Estas cosas de vez en cuando hacen diana, y, con una persona a la que sirva de bálsamo, ya hemos hecho un poco.

d) ¿Cómo podemos contagiarlas y animarlas para que caigan en la cuenta de que el Señor también les llama a trabajar en su mies y a arrimar el hombro en la circunstancia presente?

Con alegría, singularmente en la vida cotidiana y aun en medio de las dificultades que nos toca vivir en cada momento; también ahora en la pandemia. La alegría de la fe es de por sí contagiosa. Lo vemos en el caso del apóstol Andrés que, después de estar con Jesús, fue a contárselo a su hermano Simón; ese es el método. El que ha vivido una experiencia así, la comunica y contagia a otros.

Vivir, pues, con alegría y actuando así: seguros de que Jesús y María siempre nos acompañan. Transparentar esa alegría, entusiasmo, tranquilidad, dominio de uno mismo y paz en los momentos difíciles, actitudes que nacen de saber que vamos peregrinando al cielo, a la vida eterna, y que eso nos da fuerzas para superar las dificultades de la vida presente. La escatología hoy en día está de moda; es un tema que genera curiosidad y es atractivo.

Mostrar nuestra alegría y la causa de la misma: sabernos elegidos, cuidados y amados por quien mejor sabe amar: nuestro Padre Dios. Manifiestar nuestra alegría en nuestro modo de hablar y de actuar, poniéndonos en marcha y emprendiendo nuevas iniciativas. El contagio se produce cuando vivimos las Bienaventuranzas, es decir, cuando hemos experimentando que Dios es nuestra riqueza, nuestro consuelo, nuestra justicia, nuestra paz, nuestro Padre que ve en lo secreto y nos recompensará.

Confiar en que el Espíritu Santo nos dará la inspiración, las fuerzas para perseverar y ser valientes, y los dones necesarios para que la obra vaya hacia adelante, según sus designios. Recordemos: *Dios no elige a los mejores, sino que convierte en mejores a los que elige.*

Contar con que va a haber dificultades y rechazo, tal y como le sucedió a Jesús, comenzando por el entorno más cercano, familia, amigos, los que nos conocen de toda la vida. Ya nos advierte Jesús: "Os envío como corderos en medio de lobos". Hemos de contar asimismo con los respetos humanos que nos condicionan. Contar con que, a veces, nos puede invadir el desánimo y habremos de luchar y esforzarnos para superarlo. Contar con que las personas tenemos inclinación a la comodidad y a la pereza, y que, en general, cuesta mucho dar el paso a cambiar de vida; de hecho, algunos piensan que es imposible. Igualmente debemos ser conscientes de que el número de gente que va a querer implicarse no será muy numeroso sino pequeño; por eso no debemos olvidar el dinamismo de la levadura en la masa: una pequeña cantidad es capaz de hacerla fermentar. Y también hemos de contar con que no solo con los que se apuntan es con los que Dios trabaja, el Señor se sirve también de otros muchos que no conocemos para realizar su obra. Por tanto, que somos muchos más de los que nos figuramos y pensamos.

No caigamos en el voluntarismo. Hay que tener claro que es Dios quien va a mover los corazones; nosotros somos sus instrumentos.

Podremos contagiar con nuestra entrega desinteresada y generosa, con nuestra disponibilidad; por ejemplo, dando nuestro tiempo. Nuestra actitud de compromiso y servicio interperlará a muchos.

El mejor testimonio deberíamos ser nosotros mismos, y no siempre lo somos. Tendremos que luchar para ser más coherentes con aquello que predicamos, y ser más entregados.

Tener la empatía suficiente para comprender las dificultades que el hombre y la sociedad de hoy tiene para dar el salto a la fe, para el compromiso, para movilizarse e implicarse. Que vean que les entendemos, pero que no por ello dejarnos de animarles a que salgan de su comodidad por el bien de todos; y que ellos serán los primeros beneficiados con el cambio.

Realizar actos colectivos, actos de encuentro, misiones en las que los fieles estén presentes para dar testimonio de su fe; eso sí, sin ser pesados. Ofrecer espacios de escucha y de testimonio. Ayudan mucho las asambleas o círculos de experiencias y de proyección apostólica, donde los participantes ponen en común lo que hacen o pueden hacer en su vida ordinaria dando testimonio de su fe o proponiendo cómo se puede ayudar a las personas que les rodean en sus diversas dimensiones personales.

Quejarnos menos y valorar más el momento presente, que es lo único tenemos, y las oportunidades que se nos presentan. Aprender de san José y aceptar la realidad que nos toca vivir. Podremos echar de menos muchas cosas, pero lo importante es saber que el Señor nos ha puesto en esta circunstancia porque se fía de nosotros, y cuenta con aquello que decidamos y resolvamos. La situación puede ser muy complicada, pero no deja de ser una oportunidad para que, con la ayuda de Dios, podamos hacer algo nuevo y útil.

Dar a conocer lo positivo, anécdotas e historias que conmueven y movilizan.

Orar por esta intención: que quienes nos ven y tratan con nosotros caigan en la cuenta de que el Señor también les llama a trabajar en su mies y a arrimar el hombro en la circunstancia presente.

Para contagiar también es necesaria y fundamental una buena comunicación. Ha de ser asequible, de modo que se entienda y anime. Hay que participar en los medios de comunicación social para romper el halo de desesperanza que rodea a la sociedad, llevando, en corto y por derecho, un mensaje de verdad: que solo el Señor nos puede sacar de esta situación; que no es cierto que nos abandona en estos momentos de pandemia.

Para contagiar es igualmente necesario ser un grupo abierto. Acoger a la gente nueva que se acerca, y hacerlo con caridad. No criticar, no chismorrear. No mostrarnos como autosuficientes, sino, todo lo contrario: hacer ver que realmente necesitamos de todos y cada uno, y que puedan caer en la cuenta de que el Señor les llama, que se necesitan más obreros para atender a tanta mies. Es importante que nos fijemos en qué personas, ante la circunstancia actual, tienen la inquietud de implicarse y luchar para transformar el mundo. Habremos de hablar con ellas, sin agobiarlas, para que se pongan en camino. También habrá que escuchar las sugerencias que nos puedan hacer.

Hablar con esas personas que creemos que pueden tener cualidades y hacerles propuestas concretas que les animen a participar: colaborar en la Hoja parroquial, en la página Web; haciendo carteles, en acciones sociales, encuentros espirituales o de oración. El eslogan podría ser: "CRISTO NECESITA TUS MANOS".

2. Los grupos de trabajo que reunió don Carlos al final del confinamiento han señalado sectores de población donde es más urgente actuar: personas mayores y dependientes, personas solas, personas sin hogar, familias vulnerables, migrantes, mujeres, personas privadas de libertad, etc.; y también se han señalado realidades y necesidades básicas que hay que atender: vivienda, empleo, garantía de ingresos mínimos, servicios sociales, alimentación, vestido, transporte, educación, salud, cuidados, relaciones, etc. Jesús envió a los 72 para que fueran a las ciudades y entraran en sus plazas y en las casas de la gente para llevarles Paz y anunciarles el Reino de Dios que ha llegado. En la circunstancia presente, ¿dónde sentimos que es más necesario llevar esa Paz y el Reino que Jesús trae para todos?

Al seno de la familia, mediante el ejemplo personal. A las familias que lo tienen todo pero que les falta el AMOR, conocer a Dios y los planes que tiene para nosotros desde antes de crearnos. A aquellas familias, en las que los efectos de la pandemia están siendo más duros, no solo económica, sino también psicológica y socialmente. A las familias que no conocen a Dios.

A mis colegas y mi entorno más cercano: compañeros de trabajo, de estudios, de actividades deportivas o de ocio; a los que no tienen esa paz que da Jesús.

Al conjunto de la sociedad próxima, siempre que la ocasión haga propicio el testimonio. A las personas con las que nos vamos encontrando y estableciendo nuevas relaciones, conocimientos, acompañamientos, etc.

A las personas solas y con miedo. A las personas más vulnerables que están pasando más dificultades por sufrir la soledad.

A los jóvenes y niños por ser una etapa tan decisiva en sus vidas. Pero resulta difícil, debido a nuestra edad, contactar con su mundo. La juventud está adscrita a los colegios de nuestro entorno y no es fácil que acudan a nuestra Parroquia. Noto que en los jóvenes hay una preocupación por el medio ambiente, pero se olvidan de que el ser humano forma parte del medio ambiente. Luchan por los derechos, algunos de los cuales desconocen, pero no son capaces de sostenerse por sí mismos y hasta son capaces de tratar mal a sus padres. Se dejan llevar mucho por ideologías que ni siquiera conocen bien. Creo que les ha faltado ganarse más la vida o, por decirlo de otra manera, entender que la vida es un privilegio y que es una bendición muchas cosas de las que tenemos, pero tienen caducidad.

Al mundo de la educación, sobre todo en estos momentos en que se pone en tela de juicio el derecho de los padres a educar a los hijos según sus propias convicciones morales y religiosas.

A la misma parroquia.

A los más necesitados, tanto en el plano material como en el espiritual.

A los que están en paro.

A los que tienen que acudir a los servicios sociales y comedores sociales.

A los enfermos para que no caigan en la desesperación. A los que están en los hospitales.

Al personal sanitario, que lo está pasando muy mal en estos tiempos de pandemia.

A los que hablan de suicidio, aunque sea de pasada en las conversaciones de diario.

A los mayores; singularmente a los que tienen problemas cognitivos, demencias, etc.

A las personas dependientes.

A los barrios más vulnerables.

A los que están en las cárceles, visitando presos que nadie visita.

A las personas sin hogar.

A los migrantes.

A las mujeres.

a) ¿Qué acciones (indicar al menos dos), de las muchas que han sido sugeridas, vemos que podemos asumir y en las que nos deberíamos implicar?

Organizar y cuidar la acogida y seguimiento de las familias que vienen nuevas a la parroquia.

Llegar a las familias de los miembros de la comunidad parroquial que no vienen por la Iglesia.

Organizar y pensar el modo de llegar y contactar con las familias que no vienen por la Iglesia.

Organizar un club para encuentro de niños.

Implantar y organizar en la parroquia la pastoral familiar.

Crear una red para saber los unos de los otros, y, cuando alguien falta, tener medios para contactar y saber qué le ha pasado. Implicar a los jóvenes en esta iniciativa.

Crear redes de personas disponibles para ayudar a los demás. Organizar un voluntariado del grupo para aliviar alguna necesidad de la parroquia.

Recuperar lo que aquí se hizo hace tiempo y se llamaba "enlaces de escalera". Que cada uno en su edificio detecte situaciones de necesidad de algún tipo, soledad, dependencia, etc y a través de ellos, la parroquia pueda actuar.

Continuar con la campaña CONÉCTATE, que nuestros jóvenes pusieron en marcha en noviembre recogiendo, poniendo a punto y entregando en modo de cesión, equipos informáticos para las familias que no pueden disponer de un dispositivo digital para las clases online de sus hijos.

Crear un grupo de voluntarios para ir a visitar domicilios, de dos en dos. El objetivo: hablarles de la existencia de la parroquia y de compartir nuestra paz y alegría.

Promover iniciativas educativas y de acompañamiento; también de atención a los más vulnerables; y apoyar las ya existentes.

Organizar y promover iniciativas de atención a personas dependientes.

Atender a personas que están solas, bien por teléfono o bien en nuestra comunidad de vecinos, preocupándonos por los que viven solos y preguntándoles si necesitan algo.

Estar atentos a los miembros de los grupos que por situaciones personales, sobre todo ahora con motivo de la pandemia, se retiran o se alejan de la parroquia y de la comunidad.

Mayoritariamente esas retiradas y alejamientos responden a situaciones de carencias socio-económicas (paro, reducción de medios económicos, incluso vergüenza al tener que recibir ayuda en la parroquia o de Cáritas...). Debemos saber hacer ejercicio de la ayuda, haciendo posible la compensación o intercambio de esa ayuda por servicios prestados o pequeños trabajos que dignifiquen al necesitado.

Promover la participación de los miembros de las comunidades en el tejido social de nuestro barrio y entorno.

Mantener el contacto con personas mayores. Implantar o continuar en la parroquia con la pastoral de mayores que incluya el acompañamiento mediante llamada telefónica. Organizar la ayuda a personas mayores en soledad o casi soledad. Visitar las Residencias de Ancianos en cuanto sea posible. Escribir cartas a ancianos en residencias y gente ingresada en hospitales que están solos, y sientan la cercanía de alguien que piensa en ellos, aunque no se les pueda acompañar físicamente.

Seguir con las mujeres prostitutas. De momento por teléfono, al no poder ir a las casas; en la calle se puede dialogar con ellas.

Invitar a los usuarios de Cáritas a ejercicios espirituales.

Organizar bolsas de trabajo e informarse de ofertas de empleo.

Realizar una recogida de productos para cubrir necesidades básicas: alimentos etc.

Echar una mano, en la medida de nuestras posibilidades, en Cáritas, Manos Unidas, etc.

Reforzar nuestro equipo de voluntarios de Cáritas, hacer una acogida desde lo humano abriendo la puerta de otras actividades en la parroquia y renovando frecuentemente un análisis de la realidad de todas estas situaciones vulnerabilidad.

Pagar algún menú del día de los bares que hay por el barrio a quienes Cáritas Parroquial sepa que tienen necesidad.

Participar en las actividades de reparto de alimentos y asistencia a familias que ya se nos proponen desde los colegios de nuestros hijos.

Crear medios de acogida y atención a los migrantes que puedan llamar a nuestra puerta.

Participar en la Mesa de Hospitalidad acogiendo a migrantes y ayudando a encontrar alojamiento y alimentación.

Formar células o grupos de reflexión semanales por niveles y edades, para profundizar en temas de actualidad sobre los que sea necesario aclarar ideas y ofrecer criterios.

Crear grupos de oración y fomentar los ya existentes. Crear un grupo de oración periódica en la parroquia entre los grupos del PDM, por vía telemática.

Crear un espacio de oración mensual dirigido por jóvenes.

Organizar una Adoración al Santísimo pensada para los jóvenes, con los cantos que les gustan, con tiempos de silencio, con meditación del evangelio, implicándoles a ellos en la organización y desarrollo, para que responda a las inquietudes de su corazón y se sientan implicados y responsabilizados de ella.

Organizar el Rosario on line.

Implantar en la parroquia la pastoral de la salud, coordinada con el Arciprestazgo y la Vicaría. Dar experiencias en hospitales.

Organizar, cuando se pueda, encuentros entre gente joven y mayor de la parroquia y promover así un acercamiento.

Difundir la Doctrina Social de la Iglesia, en especial de las últimas comunicaciones del Papa Francisco, y sobre todo la *Fratelli Tutti* y *Laudato Sì*.

Acompañar en el duelo de alguna manera a la familias que han perdido a uno o más de sus seres queridos durante esta pandemia. Crear un grupo de acompañamiento en el duelo.

Implantar en la parroquia el catecumenado de adultos. Organizar y cuidar la preparación al Bautismo de niños y jóvenes.

Organizar bien la celebración del patrón (patrona) de la parroquia.

Organizar veladas de lectura continuada del Evangelio, dándoles la máxima difusión fuera del ámbito parroquial.

Retransmitir por youtube los seminarios y eventos de la Parroquia.

Aumentar la oferta de la Escucha activa con otros dos voluntarios para que atiendan otro día de la semana en otro horario. Recibir la formación del Centro de Escucha San Camilo para abrir y atender un Centro de Escucha en la parroquia.

Organizar y promover talleres o charlas, de dos horas máximo, de temática diversa (no tienen por qué ser solo temas religiosos) que puedan interesar a los vecinos en general.

Organizar la colaboración entre parroquias de la Vicaría en los ámbitos de la pastoral que tengan marcha y necesiten apoyo de otras personas distintas a la parroquia.

Buscar líderes jóvenes.

Montar el grupo de monaguillos.

Montar el grupo de lectores.

b) ¿Cómo deberíamos proceder (sería bueno esbozar un pequeño plan de actuación)?

Antes de hablar, tendríamos que rezar al Espíritu Santo para que nos ilumine la forma de hablar, de actuar, con personas deprimidas y angustiadas por la situación difícil de este momento. Que no haya acción que no vaya precedida por la oración y la invocación del Espíritu Santo.

En primer lugar, buscar un grupo de voluntarios para las tareas necesarias. Después reunirse para concretar lo que se va a hacer, cuándo se va a hacer (fechas, horarios), dónde y cómo.

Involucrar a los Consejos parroquiales. Presentar nuestro plan al Consejo Pastoral de la parroquia e invitar a los miembros de otros grupos a cooperar. Si el Consejo Pastoral da el visto bueno, empezar a actuar y a formarse en la actuación elegida.

Organizar toda la actuación de forma conjunta en el Grupo, dependiendo del tiempo de que disponga cada miembro, indicando quién participa, sin forzar a nadie. Tener claro lo que se pretende y vivirlo antes, pidiendo a Dios las gracias necesarias para ello. Marcar un plan de actuación, que tendrá que ser revisado periódicamente. Dar a conocer en las misas este plan de actuación e invitar a participar a todos los feligreses. Incluso organizar un acto parroquial invitando a todo el barrio. Exponer carteles con la información y anunciarlo en la página web de la parroquia.

Crear un grupo de voluntarios con los miembros de Vida Ascendente. Confeccionar un listado de aquellas de la parroquia que vivan solas. Llamarlas por teléfono una o dos veces por semana para animarles y darles conversación. Preguntarles si desean ser visitados. Acompañarles a la parroquia, si lo necesitan. Saber si tienen las necesidades básicas cubiertas. Saber asimismo si tienen necesidades sacramentales. Buscar rastreadores para estas necesidades.

Habría que empezar por los jóvenes que se acercan a la Parroquia, a la Eucaristía del domingo, o para recibir los sacramentos, incluido el de la Penitencia. Rezar por ellos. Invitarles a participar, sin insistencia, en la liturgia. (Ya se está haciendo en las lecturas de la Eucaristía de los domingos y en el Rezo del Rosario los días de la semana). Interesarse por ellos, mostrar cercanía, para ir entablando una relación. Que se sientan acogidos y queridos. Ofrecerles alguna tarea en la que poder implicarse, aunque en principio fuera de forma puntual. Procurar organizar algún grupo formativo buscando la persona que pudiera agruparlos. Aprovechar la fiesta del patrón (patrona) de la parroquia para organizar algún acto o actividad a los que se les pudiera invitar, no sólo a asistir sino a implicarse en su preparación y desarrollo.

1) Programar con sencillez un acuerdo para realizar un atento seguimiento de las familias nuevas, compartiendo su realidad. 2) Buscar su integración, ofreciéndoles un espacio en la comunidad parroquial. 3) Facilitar y dar formación catequética de preparación al Bautismo a los que lo están pidiendo, designando las personas capacitadas para ello. Entre los que lo vean posible, entrar en contacto con esas familias que parecen alejadas de la Iglesia, interesarse por su realidad con caridad y prudencia, estableciendo o reforzando lazos de amistad. 4) Aprovechar momentos de reuniones locales, de ámbito escolar, culturales, o de las muchas y variadas ocasiones que van surgiendo en la vida del pueblo. 5) Organizar diversos actos y estudios para hacer presente a Dios a través nuestro. A) Reparar el edificio parroquial –románico- implicando a diversas personas entendidas. B) Programar ensayos de cantos implicando a familias de niños de primera comunión. C) Organizar tardes de armonía para limpiar la nave, coro, bajo coro, presbiterio y sacristía implicando a nuevas personas. D) Contactar con personas migrantes del pueblo (y, cuando se pueda, visitar) ofreciendo,

además de ayuda material, cercanía y amistad sincera. 6) Iniciar jornadas de formación de Cristología (marzo, abril y junio) y Mariología (mayo) que ayuden a despertar y fomentar el amor a Cristo y a María Madre de Dios y de la Iglesia. En esta iglesia parroquial, durante siglos, se viene profesando ese amor, bien para dar gracias en las alegrías, bien para pedir ayuda en las tristezas. La Virgen de la Antigua es fiesta patronal de Venturada.

El Plan de actuación lo realizaríamos junto con nuestro Párroco, proponiéndole soluciones a los problemas detectados, no solo en cuanto a las personas sino también a sus necesidades básicas de alimentación, empleo, cuidados, servicios sociales, etc. Luego habría que formar un grupo de trabajo que estableciera las prioridades y se implicase en la organización. Para poder abordar la pastoral con los jóvenes sería importante investigar las residencias, centros educativos o pisos de jóvenes del territorio parroquial, para ver la manera de invitarlos.

Debemos salir de nuestra parroquia y atraer a las personas con las que nos relacionamos diariamente hacia nuestros grupos de convivencia y experiencia del Señor que existen en cada parroquia, de tal forma que está sea la casa de todos y un lugar de encuentro, donde podamos escucharnos y ayudarnos unos a otros. Nunca debemos intentar imponer, siempre escuchar e intentar ayudar a las personas que forman nuestra vida diaria.

Organizar la pastoral familiar alrededor de los Sacramentos. Recorrido catequético en un grupo que se vincula a otras actividades y proyecto solidario. Hay que involucrar a los jóvenes. Comunidad, convivencias, retiros de día, etc.